

# CUENTOS DE NUEVO CANAÁN



Índice

SECRETO DE CONFESIÓN..... Pág. 5

LA QUIMERA ..... Pág. 13

TODOS POR FRANCISCA ..... Pág. 21

BOLETO DE IDA ..... Pág. 37



## SECRETO DE CONFESIÓN



- *Un crucifijo, una biblia de bolsillo, un rosario y dos papeles billete,* repasó el cabo mientras inspeccionaba la bandeja del Padre. - *¿Trae algo más con usted?,* agregó con tono desafiante.

El Padre se sonrió levemente, sin levantar la vista. No era la primera vez que el cabo de turno le aplicaba el protocolo de ingreso al área de celdas.

- *Termina de una buena vez y llévalo a la celda, ¿¡¡quién te piensas que eres!!?,* espetó sin desviar la vista el comisario desde el fondo del salón, reclinado en su silla y con los pies sobre el escritorio, mientras repasaba una revista non sancta.

La sangre invadió rápidamente el rostro del cabo, mientras apretaba con energía sus puños. El padre recogió sus pertenencias del recipiente plástico y los colocó en sus bolsillos, menos la biblia, la cual aprisionó contra su pecho. Aguardó a que el cabo abriera la reja, y se adentró por el estrecho pasillo.

Mientras avanzaba delante del cabo, sus ojos buscaban inevitablemente los de los presidiarios allí confinados. La mayoría rehuía al contacto, recostados en sus literas mientras fijaban la mirada en el techo. Algunos menos, se acercaban a la reja de sus celdas y sacaban las manos por fuera, implorando su bendición. El manifiesto descontento del cabo no le impidió al Padre tomarse su tiempo, y santificar a cada uno de los peticionarios.

El pasillo llegó a su fin, y se enfrentó a la puerta de hierro. Con torpeza, el cabo lo adelantó, apenas empujándolo, y se dispuso a abrir la infinidad de cerraduras.

El haz de luz le atinó directamente en el rostro, mientras el pesado portón avanzaba con lentitud contra la pared de la celda. Levantó su mano y la colocó a modo de visera por encima de los ojos. Cuando el resplandor finalmente lo abandonó, vio la figura del recluso, de espaldas a la puerta, quien escribía sobre una pequeña mesa.

- *Es tu última oportunidad de elegir la cena que se te servirá hoy, o tendrás que conformarte con el menú del día*, afirmó el cabo con una combinación de arrogancia e ironía. Avanzó ferozmente hacia el preso, y le arrancó el pedazo de papel de entre las manos. Recorrió la hoja con la vista, y la mofa no demoró en aparecer. – *Si por mí fuera, el ingrediente principal de este platillo sería veneno para ratas*. El recluso no se volvió, permaneciendo inmóvil.

El cabo comenzó a retirarse, no sin antes advertir al Padre. – *El comisario dará las órdenes en la oficina, pero el pasillo es mi territorio. Treinta minutos, es todo lo que tiene para malgastar con este malnacido*. Simuló no escuchar, manteniendo la mirada en el cráneo rasurado del preso. El cabo resopló, cruzó el umbral y procedió a trancar nuevamente las cerraduras. El padre dijo una breve oración en el nombre del cabo, y se acercó hacia el recluso.

- *Pierde su tiempo Padre, ¿sabe?*, dijo el presidiario aún de espaldas. El padre detuvo la marcha. – *Lo hecho, hecho está. No hay salvación para mí, no hay reino de los cielos, no hay ingreso por la puerta de San Pedro, no hay nada*.

\*\*\*

La curiosidad del Padre pudo más que la tentación inicial de negarse al pedido del comisario, quien lo había contactado sorpresivamente por teléfono días atrás. Casi no reconoció su voz. Había abandonado el pueblo hacía décadas, y no recordaba haber regresado. El viaje sería prolongado y tedioso, pero finalmente juntó coraje, decidió confiar al sacristán la capilla durante unos días y emprendió el periplo.

- *He venido desde muy lejos porque así se lo solicitaste al comisario. Él me aseguró que tu deseo era testificarte conmigo únicamente. Pero, debo decir que, honestamente, no te recuerdo.* Permaneció observando al recluso durante unos minutos, quien seguía sin emitir palabra alguna. Se quitó el sombrero, lo apoyó sobre la litera y abrió la biblia. Buscó el texto que había seleccionado con marcador y se dispuso a recitarlo.

- *Hace tiempo que abandoné a Dios, Padre. Dudo que haya algo en su palabra que logre reconfortarme, ¿sabe?* Éste lo contempló, cada vez más extrañado sobre el motivo de su travesía hasta allí. Cerró el texto, y lo guardó en uno de los bolsillos internos de su sacón.

- *¿Tienes algún familiar que desees esté presente mañana?* Le preguntó al preso sin vacilar.

- *Mi única familia era mi madre,* se limitó a contestar con voz temblorosa el presidiario.

- *¿Te arrepientes de lo que has hecho?,* consultó luego el Padre. Aguardó con paciencia una respuesta, la que nunca llegó.

- *Cuéntame tus pecados, hijo. Nunca es tarde para recibir la misericordia del Señor.* La incomodidad del Padre se hizo notoria, pero estaba dispuesto a darle una última oportunidad.

El recluso se volvió despaciosamente hacia el Padre, girando la silla y sin levantarse. - *Mi única familia era mi madre, ¿sabe Padre? Éste lo observó admirado. Algo en sus rasgos se le hacía familiar, ¿pero qué?*

- *Todavía lo recuerdo como si fuera hoy, Padre. Ese día, regresaba como cada mediodía del colegio a la casona, donde ella trabajaba como criada. Vivíamos en una pequeña habitación en el altillo; no era mucho, pero éramos felices, ¿sabe? Corrí por las escaleras hasta la recámara, donde ella siempre me esperaba con el almuerzo, para fundirnos en un abrazo. Pero no la encontré allí. Nunca más la volví a ver, ¿sabe?,* prosiguió el recluso, sin mover siquiera un músculo.

El Padre jamás logró desviar la mirada durante el relato. Su corazón se había acelerado al os límites del propio infarto. Se giró deprisa y, sin recoger sus pertenencias, se dirigió hacia la puerta y comenzó a golpearla. - *Cabo, abra la puerta. Mi trabajo aquí está cumplido.*

El alarmante silencio invadió sus oídos. El sudor se apoderó completamente de su cuerpo. - *Cabo, ¡cabo! ¡CABO!* Sintió como la lapicera se le clavaba suavemente en el cuello, en el instante que comenzaba a volverse hacia el recluso.

- *Sssshhh, Padre. Sssshhh.*

La desesperación invadió repentinamente al Padre. - *¡No cometas una tontería!*

El presidiario presionó la lapicera contra la piel, y acercó su rostro al oído del Padre. El fétido aliento le penetraba todos los sentidos. - *Nunca pude olvidar su rostro Padre, ¿sabe? Lo recuerdo cada noche, mientras intento conciliar el sueño.*

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos del Padre. - *¡Hijo, ten piedad!, suplicó. - ¡Pecar no solucionará nada!*